

vivir á mi gusto ó me marchó de aquí. ¿No es bastante cavarme la fosa todas las mañanas para que venga usted á removerla por las noches?

—¡La fosa, señor! ¡Cavarle la fosa! ¿Dónde está? Yo quisiera verle á usted sano y fuerte como nuestro padre, y no en la fosa. Todavía no ha llegado el caso de verse en la fosa.

—¡Basta ya!—dijo Rafael.

—Apóyese usted en mi brazo.

—No.

El sentimiento que más difícilmente soporta el hombre es la lástima, sobre todo cuando la merece. El odio es un tónico, hace vivir, inspira venganza; pero la lástima mata y contribuye á debilitar nuestra debilidad. Es el mal falazmente lisonjero, es el menosprecio en el cariño ó el cariño en el menosprecio. A Rafael le pareció ver en el centenario una compasión triunfante, en el niño una compasión curiosa, en la mujer una compasión chismosa, en el marido una compasión interesada; pero cualquiera que fuese la forma en que se presentara aquel sentimiento, siempre estaba preñado de muerte. Un poeta de todo hace un poema, terrible ó alegre, según las imágenes que le impresionan; su alma exaltada desecha los matices suaves, y escoge siempre los colores vivos y marcados. Aquella compasión produjo en el corazón de Rafael un horrible poema de luto y melancolía. Sin duda no había pensado en la franqueza de los sentimientos naturales cuando deseó acercarse á la naturaleza. Cuando se creía solo al pie de un árbol, sufriendo una tos tenaz de cuyos accesos jamás triunfaba sin salir postrado de tan terrible lucha, veía los ojos brillantes y fluidos del mu-

chacho, puesto de vigilante junto á una mata, como un salvaje, y que le contemplaba con esa curiosidad infantil en la cual hay tanta mofa como placer y cierto interés mezclado de insensibilidad. El terrible: "Hermano, morir tenemos" de los trapenses, parecía escrito constantemente en los ojos de los campesinos con quienes vivía Rafael; el cual no sabía qué temía más si sus palabras sencillas ó su silencio; todo le molestaba en ellos. Un día vió dos hombres vestidos de negro que rondaban á su alrededor, le husmeaban y le estudiaban á hurtadillas; luego, fingiendo haber llegado allí de paseo, le hicieron preguntas triviales á las cuales contestó en pocas palabras. Conoció que eran el médico y el cura del establecimiento, enviados sin duda por Jonatás, consultados por sus huéspedes ó atraídos por el olor de una muerte próxima. Entonces vislumbró su propio cortejo fúnebre, oyó el canto de los curas, contó las hachas, y ya no vió sino á través de un crespón las bellezas de aquella rica naturaleza en cuyo seno creía haber encontrado la vida. Todo cuanto poco antes le presagiaba una larga existencia, le vaticinaba ahora un próximo fin. Al día siguiente se marchó á París, después de dirigirle sus huéspedes mil frases en las que expresaban melancólicos y compasivos deseos.

Viajó toda la noche, y despertó en uno de los más risueños valles del Borbonesado, cuyos amenos sitios y puntos de vista se arremolinaban ante él, arrastrados rápidamente como las imágenes vaporosas de un sueño. La naturaleza se ostentaba á sus ojos con cruel coquetería. Ora desarrollaba el Allier en vistosa perspectiva, ora se escondía modestamente en el fondo de una garganta

de rocas amarillentas mostraban las puntas de sus campanarios; ora se presentaban de pronto á la vista los molinos de una cañada junto á viñedos monótonos, y siempre aparecían amenas quintas, aldeas situadas en los oteros ó caminos orlados de álamos majestuosos; en fin, el Loira y sus ondas adiamantadas relucieron en medio de sus doradas arenas. ¡Seducciones sin fin! La naturaleza agitada, vivaz como un niño, que apenas podía contener en sí el amor y la savia del mes de Junio, atraía fatalmente las miradas apagadas del enfermo. Levantó las persianas de su carruaje y se puso á dormir. A la caída de la tarde, después de pasar por Cosne, le despertó una alegre música, y se encontró con la fiesta de un pueblo. La casa de postas estaba situada junto á la plaza. Mientras los postillones cambiaban el tiro, vió las danzas de aquella bulliciosa población, las muchachas adornadas de flores, bonitas, incitantes, los jóvenes animados, y las caras de los aldeanos viejos bastante coloradas por el vino. Los chiquillos jugaban, las viejas charlaban riendo, todo tenía una voz, y el contento hasta hermozeaba los trajes y las mesas servidas. La plaza y la iglesia tenían aire de fiesta, y los tejados, las ventanas, hasta las puertas de la aldea, parecían haberse puesto también sus galas domingueras. Como los moribundos á quienes molesta el menor ruido, Rafael no pudo reprimir una siniestra interjección, ni el deseo de imponer silencio á aquellos violines, de paralizar aquel movimiento, de acallar aquel bullicio, de disipar aquella fiesta insolente. Subió malhumorado á su carruaje, y cuando miró á la plaza, vió la alegría aguada, las aldeanas en dispersión y los bancos vacíos. En el tablado de la orquesta, un

músico ciego seguía tocando con su clarinete un baile chillón. Aquella música sin danzantes, aquel viejo solitario de perfil vulgar, vestido de harapos, despeinado y oculto á la sombra de un tilo, eran como una imagen fantástica del deseo de Rafael. Estaba cayendo á torrentes uno de esos chubascos que las nubes eléctricas del mes de Junio derraman bruscamente y que cesan del mismo modo. Era una cosa tan natural, que Rafael, después de mirar en el cielo unas nubes blanquecinas arrebatadas por una racha de viento, ni siquiera pensó en mirar su piel de zapa, y se arrellanó en un rincón del carruaje que al punto emprendió la marcha.

Al otro día estaba en su casa, en su cuarto, sentado junto á su chimenea, en la que había hecho encender un buen fuego, porque hacía frío. Jonatás le entró las cartas; casi todas eran de Paulina. Abrió la primera sin afán y la desdobló como si hubiera sido una papeleta de apremio de la recaudación de contribuciones. Leyó la primera frase, "Tu marcha parece una fuga, Rafael mío. ¿Será posible que nadie pueda decirme dónde estás? Y si yo no lo sé, ¿quién lo sabrá?" Sin querer averiguar más, cogió con indiferencia las cartas y las echó al fuego, contemplando con mirada mortecina los cambiantes de la llama que retorció el papel perfumado, le encogía, le daba vueltas y le hacía pedazos.

Algunos fragmentos cayeron sobre las cenizas dejándole ver comienzos de frases, palabras sueltas, pensamientos á medio quemar, que se entretuvo en salvar de la llama por una distracción maquinal.

"..... Sentada á tu puerta..... aguardo..... Capri-
cho..... obedezco..... Rivalet..... yo, no!... tu Paulina..."

ama....cansado de tu Paulina?.....Si hubieras querido dejarme, no me habrías abandonado....Amor eterno.....Morir?.....

Estas palabras le dieron una especie de remordimiento; cogió las tenazas y salvó de las llamas un postrer fragmento de carta.

“He murmurado, decía Paulina, pero no me he quejado, Rafael. Al dejarme lejos de ti, sin duda has querido ahorrarme el peso de algunos disgustos. Tal vez me mates algún día, pero eres demasiado bueno para hacerme padecer. Pues bien, no te vayas así. Puedo arrostrar los mayores suplicios, pero á tu lado. El disgusto que me impusieras no sería ya tal; tengo todavía en el corazón mucho más amor del que te he demostrado. Puedo soportarlo todo, menos llorar separada de ti, y no saber lo que te.....”

Rafael puso en la chimenea aquel fragmento de carta ennegrecido, y de pronto lo echó al fuego. Aquel papel era una imagen demasiado viva de su amor y de su fatal vida.

—Ve á llamar al señor Bianchón—dijo á Jonatás.

Horacio acudió y encontró á Rafael en cama.

—Amigo mío, ¿puedes prepararme una bebida ligeramente opiada que me tenga en una soñolencia continua, sin que me perjudique el uso constante de ese brebaje?

—Es cosa fácil—contestó el joven doctor;—sin embargo, tendrás que estar levantado algunas horas para comer.

—¡Algunas horas! No, no; no quiero levantarme más que una hora á lo sumo.

—¿Qué te propones?

—Dormir es también vivir—respondió el enfermo.

—No dejes entrar á nadie, aunque sea la señorita Paulina de Vitschnau—dijo Valentín á Jonatás mientras el médico extendía su receta.

—¿Queda remedio, señor Horacio?—preguntó el anciano criado al doctor á quien acompañó hasta la escalera.

—Aun puede durar mucho tiempo, ó morir esta noche. Las probabilidades de vida y de muerte son iguales en él. No lo entiendo—dijo el médico haciendo un ademán de duda.—Hay que distraerle.

—¡Distraerle! No le conoce usted. El otro día mató un hombre como si tal cosa. Nada le distrae.

Rafael pasó algunos días sumido en la nada de su sueño ficticio. Gracias al poder material ejercido por el opio en nuestra alma inmateral, aquel hombre de imaginación poderosamente activa se rebajó al nivel de esos animales perezosos que se agazapan en lo profundo de los bosques, ni más ni menos que un residuo vegetal, sin dar un paso para atrapar una presa fácil. Hasta había apagado la luz del cielo, pues en su cuarto no entraba claridad alguna. A eso de las ocho de la noche se levantaba de la cama, y sin tener conciencia lúcida de su existencia, satisfacía el hambre y en seguida volvía á acostarse. Sus horas frías y rugosas no le depa-
paraban más que confusas imágenes, apariencias, claro oscuros sobre un fondo negro. Se había sepultado en un silencio profundo, en una negación de movimiento y de inteligencia. Una noche se despertó más tarde que de costumbre y vió que no se le había servido la comida, por lo cual llamó á Jonatás.

—Puedes marcharte cuando quieras—le dijo.—Te

he hecho rico, serás feliz en tu vejez; pero no puedo permitir que juegues con mi vida. Miserable, tengo hambre: ¿dónde está mi comida? Contesta.

Jonatás sonrió de satisfacción; tomó una bujía cuya luz temblaba en la obscuridad profunda de aquellos inmensos aposentos, condujo á su amo, que parecía una máquina, á una espaciosa galería, y abrió bruscamente una puerta. Rafael, inundado repentinamente de luz, se quedó deslumbrado, sorprendido por un espectáculo inaudito. Eran sus arañas cargadas de bujías, las flores más raras de su invernáculo artísticamente colocadas, una mesa resplandeciente de vajilla de plata, de oro, de nácar, de porcelana; una comida regia, humeante y cuyos apetitosos manjares excitaban las fibras nerviosas del paladar. Vió allí á sus amigos convocados, reunidos con mujeres adornadas y hechiceras, con la garganta y los hombros desnudos, las cabelleras llenas de flores, los ojos brillantes, todas de diferente belleza, incitantes con sus voluptuosas vestiduras; la una modelaba sus mórbidas formas con una chaqueta irlandesa; la otra llevaba la basquiña lasciva de las andaluzas; ésta iba semidesnuda de Diana cazadora; aquélla modesta y amorosa con el traje de la Valliere, y todas entregadas por igual á la embriaguez. En las miradas de todos los comensales brillaban la alegría, el amor, el placer. En el momento en que la moribunda figura de Rafael apareció en el umbral de la puerta, estalló una aclamación repentina, rápida, rutilante como los rayos de aquella fiesta improvisada. Las voces, los perfumes, la luz, aquellas mujeres de hermosura penetrante ejercieron viva impresión en sus sentidos, despertaron su apetito. Una música deliciosa, oculta en

una sala contigua, se sobrepuso con sus torrentes de armonía á aquel bullicio embriagador, y completó tan extraña visión. Rafael sintió que una mano suave apretaba la suya, mano de mujer cuyos brazos frescos y blancos se levantaban para abrazarle, la mano de Aquilina. Comprendió que aquel cuadro no era vago y fantástico como las fugaces imágenes de sus sueños privados de color, lanzó un grito siniestro, cerró bruscamente la puerta, y censuró á su anciano servidor dándole un golpe en el rostro.

—Pero ¿te has empeñado en matarme, monstruo?
—le dijo.

Luego, palpitando por efecto del peligro que acababa de correr, encontró fuerzas para volver á su cuarto, bebió una fuerte dosis de sueño, y se acostó.

—¡Qué diablo!—exclamó Jonatás levantándose.—El señor Bianchón me había encargado que le distrajera.

Era la media noche. A aquella hora, Rafael, por uno de esos caprichos fisiológicos que causan el asombro y la desesperación de las ciencias médicas, resplandecía de belleza durante su sueño. Un color sonrosado vivo matizaba sus blancas mejillas. Su frente, graciosa como la de una doncella, revelaba el genio. La vida estaba en flor en aquel rostro tranquilo y reposado. Parecía un niño dormido al cuidado de su madre. Su descanso era un buen sueño, su encarnada boca daba paso á una respiración igual y pura; sonreía transportado sin duda por un ensueño á una hermosa vida. Tal vez le parecía ser centenario, tal vez creía ver á sus nietos deseándole largos días; tal vez, sentado al sol en su banco rústico rodeado de follaje, divisaba, como el pro-

feta desde lo alto de la montaña, la tierra prometida, una bienhechora lontananza.

—¡Por fin te encuentro!

Estas palabras, pronunciadas con voz argentina, disiparon las figuras nebulosas de su sueño. A la luz de la lámpara vió sentada en su lecho á su Paulina, pero Paulina embellecida por la ausencia y el dolor Rafael se quedó estupefacto al aspecto de aquella figura blanca como los pétalos de una flor acuática, y que, acompañada de largos cabellos negros, parecían aún mucho más negros en la sombra. Las lágrimas habían dejado trazada una huella brillante en sus mejillas, y estaban suspendidas en ellas prontas á caer al menor esfuerzo. Vestida de blanco, con la cabeza inclinada y hollando apenas el lecho, estaba allí como un ángel bajado de los cielos, como una aparición que un soplo podía ahuyentar.

—¡Ah! Lo he olvidado todo—exclamó en el momento en que Rafael abrió los ojos.—Ya no tengo voz sino para decirte: Soy tuya. Sí, mi corazón es todo amor. ¡Ah, ángel de mi vida! Jamás te he visto tan bello. Tus ojos fulguran. Pero ya lo adivino todo. Has ido á buscar la salud sin mí porque me temías... Pues bien....

—¡Vete, vete, déjame!—respondió Rafael con voz sorda.—Vete; si continúas aquí me mueres. ¿Quieres presenciarme mi muerte?

—¡Morir! ¿Acaso puedes morir sin mí? Morir, si eres tan joven... Morir cuando yo te amo. ¡Morir!—añadió cogiéndole las manos con un movimiento de locura.

—Frías—dijo Paulina.—¿Será una ilusión?

Rafael sacó de debajo de la almohada el trozo de la

piel de zapa, frágil y diminuto como una hoja de per-vinca, y enseñándoselo, dijo:

—Paulina, bella imagen de mi vida, despedámonos.

—¿Despedirnos?—preguntó ella sumamente sorprendida.

—Sí. Esto es un talismán que realiza mis deseos y representa mi vida. He aquí todo lo que de él queda. Si me sigues mirando, voy á morir....

La joven creyó que Rafael se había vuelto loco, tomó el talismán y fué á buscar la lámpara. Alumbrada por la luz vacilante que se proyectaba también sobre Rafael y sobre el talismán, examinó con toda atención el rostro de su amante y la última partícula de la piel mágica. Al contemplarla Valentín bella de terror y de amor, no fué ya dueño de sí; los recuerdos de las tiernas escenas y de los goces delirantes de su pasión prevalecieron en su alma largo tiempo adormecida y se despertaron en ella como hogar mal apagado.

—¡Paulina, Paulina! ¡Ven!

De la garganta de la joven salió un grito ronco, sus pupilas se dilataron, sus cejas, violentamente estiradas por un dolor inaudito, se apartaron entre sí con horror; leía en los ojos de Rafael uno de esos deseos furiosos que en otro tiempo constituían su gloria; mas, conforme iba creciendo aquel deseo, la piel se contraía y le hacía cosquillas en la mano. Sin pararse á reflexionar, huyó á la sala inmediata cuya puerta cerró.

—¡Paulina! ¡Paulina!—gritó el moribundo corriendo tras ella.—¡Te amo, te adoro, te deseo! ¡Te maldigo si no abres! ¡Quiero morir siendo tuyo!

Por una fuerza singular, último destello de vida,

derribó la puerta y vió á su amante medio desnuda revolcándose en un canapé. Paulina había intentado en vano desgarrarse el seno; y para darse una pronta muerte, procuraba estrangularse con su chal.—¡Si muero, vivirá!... decía esforzándose inútilmente por apretar el nudo. Tenía la cabellera suelta, los hombros desnudos, las ropas deshechas, y en aquella lucha con la muerte, los ojos bañados en llanto, el rostro inflamado, retorciéndose por efecto de una horrible desesperación, presentaba á Rafael, ebrio de amor, mil atractivos que aumentaron su delirio; se arrojó sobre ella como un ave de rapiña, le rasgó el chal y quiso cogerla en sus brazos.

El moribundo buscó palabras para expresar el deseo que devoraba todas sus fuerzas; pero no encontró más que los sonidos estrangulados del estertor en su pecho, cada una de cuyas respiraciones, más jadeantes y profundas, parecía salir de sus entrañas. Por último, impotente ya para formar sonidos mordió á Paulina en el seno. Jonatás acudió asustado al oír gritos, y procuró arrancar á la joven el cadáver sobre el cual se había acurrucado en un rincón.

—¿Qué viene usted á buscar?—dijo Paulina.—Es mío, yo lo he matado; ¿no lo había vaticinado?

FIN

